

Por supuesto, han abierto los brazos moribundos después de la duda.

Al borde del hemisferio de la inanición y del olvido absoluto, advertimos desconsolados como el enojo coquetea con la impaciencia. Todo tiende a razonar en los estómagos, por las mañanas, en las tardes, en las viglias.

No es casualidad atestiguar en favor del genocidio, del holocausto peor.

Porque por alguna razón, hay visualizaciones que no comprendo.

Una cúspide de todas las apariencias y los sufrimientos de los perdidos para siempre y prevalecer por sobre todo.

Aquellos que no pueden inmolarse, ni retirar las piezas del juego están fascinados de tener un lugar definitivo en las cenizas. Comprenden y analizan cuales son por fin, sus posibilidades antes de entregar el cuerpo sin vida de sí mismos.

Cráneos rapados a fuerza de picaduras, inflamaciones y paz de los cementerios.

Cuando voy comiendo los gusanos recuerdo a mi abuelo y a mi hijo hurgando las bolsas de hollín y de restos circuncisos.

Hoy estaría mejor sepultado junto a ellos.

Algunos lanchones trocan sus bufadas de vapor quejoso, mezclando el olor de la pesca, con el horror presencial de los pequeños, lamiendo el espigón adoquinado en una conjunción furtiva de visceralidad y mandolina.

Cuanta inmigración inversa hacía ninguna parte percibo con ésta musiquilla.

¿Es acaso el infierno que se adelanta a nuestra prima hora? O ¿Ya ha caído toda mi riqueza en el Reino de los Cielos?

Posiblemente las neuronas muertas gestionen la imitación clara de un mimetismo de conejillos de Indias en estos engorrosos capítulos imaginarios de una infancia inmóvil.

No tenemos más remedio. Todo es justo y necesario.